

PRESENTACION DE ALGUNOS VALORES DE LA JOVEN POESIA ARGENTINA

Nada es más grato que hablar de un talento joven que empieza ya a dar frutos valiosos y verdaderos. La voz que nace se sumará a las voces que vienen rodando, por los siglos de los siglos, en ese río constante que es la poesía, y será, silenciadas muchas de las voces de hoy, la que interprete, mañana, el hondo, complejo y desgarrante sentir del hombre. La poesía de los poetas nuevos, cuando ella es esencial y auténtica, tiene algo de la rosa, abierta al amanecer, oscilante y pura en lo alto de la rama. Y algo de lo casi traslúcido de la parte superior de la llama, en el fuego recién encendido en medio de la noche, en el silencio acre y fecundo de la llanura. Llenemos de la belleza que trasciende de esa primera rosa, los ojos y el alma abiertos a su mensaje, que viene de lejos y va lejos, como los ríos y las fuerzas de la naturaleza, y protejamos con nuestras manos esa llama para que no la apaguen la indiferencia y la incomprensión, los estériles enemigos del alma. Hablemos, hoy, de algunos de los últimos poetas, de los más jóvenes. Sus nombres, y su obra, no son aún muy conocidos. Pero son poetas de verdad, y merecen ser ubicados entre los valores más firmes de las últimas promociones. Y esto es lo que importa. Que sean poetas verdaderos y que su canto no sea un canto retórico —de la vieja o de la nueva retórica, tanto da—, sino una proyección sincera y pura, desnuda casi, de su condición de hombres.

Después de la promoción que contó, hace quince o veinte años, con valores tan excelsos como Vicente Barbieri, Ana

María Chouhy Aguirre, César Fernández Moreno, Enrique Molina, César Rosales y Juan Rodolfo Wilcock, para no citar sino a algunos de los nombres más representativos de la misma, surgen, desde 1950 a la fecha, numerosos poetas dignos de ser considerados. Algunos de ellos habían publicado ya sus primeras obras antes de dicha fecha, pero sólo en estos últimos años dieron —o dan— lo mejor de su poesía. Muchos de ellos empezaron a escribir en las efímeras revistas literarias, y sólo pudieron publicar uno o dos libros, dado que las dificultades de difusión de la obra de nuestros poetas, jóvenes o viejos, son hoy casi insalvables. Hoy nos detendremos sólo en cinco de ellos: en Joaquín O. Giannuzzi, Edgar F. Podestá, Antonio Requeni, Osvaldo Rossler y Alfredo Veiravé. En sucesivas ocasiones, en la radio o en el periodismo, nos iremos ocupando de los demás, por lo menos de los más importantes.

Joaquín O. Giannuzzi nació en Buenos Aires, en 1924. Estudió ingeniería, pero no llegó a recibirse. Es periodista, y publicó sus primeros poemas en las revistas *Angulo*, *Conducta*, *Contrapunto*, *Laurel*, *Perfil* y *Unicornio*. Ha traducido a Fóscolo y a D'Annunzio, y es autor de *Nuestros días mortales*, editado por *Sur*, en 1958, obra que obtuvo el año anterior, en el concurso de obras inéditas de la Sociedad Argentina de Escritores, el premio Vicente Barbieri. Giannuzzi es poeta de voz contenida y honda. Huye de la rima y del ritmo fácil, y va creando en tensión su canto, atento sólo a su personal manera de ver y sentir el mundo y las cosas que lo rodean. Su poesía es una poesía de experiencias recónditas, no de exclamaciones. Él ve, siente, los animales, los frutos, el paisaje nuevo de América, y nos dice algo que saca de sí, y que puede leerse muchas veces, seguros de hallar en sus versos sobrios, casi descarnados, pero versos siempre, algo que nos toque como un impacto y nos haga vivir su poesía, entrañablemente americana y argentina, pese al apellido extranjero de su autor. Pero hay un tono universal y una preocupación por los temas eternos en toda su obra. El poeta siente lo limitado del mundo al contemplar un "breve racimo de uvas ro-

sadas” que —dice— “pertenece a otro reino”. En el poema “A un montonero”, el tiempo huye hacia atrás, y con un verismo inusitado vuelve a erguirse la figura de un héroe anónimo de las guerras civiles del año 20. Nuestro pasado y nuestra América tienen en este joven poeta un intérprete de singular y casi sorprendente penetración. En el poema “Lluvia en Ledesma”, uno de los mejores del volumen, dice:

... Y esto sabemos:
que América es dura y trata de no seguir solitaria,
que toda interrogación es inútil y es desolación
en el lujo de la mente, cuya región desconcertada
invaden la sed, la implacable devoción al sol,
la maldición de los pantanos y arenas, la razón
de los ríos y árboles y animales.

Giannuzzi dice luego un recio responso en la “tumba de los caballos de carrera en Chapadmalal”. Aquí el hombre —dice—

reunió los cuerpos que en su memoria
levantan un resplandor que no cesa;
ni triste ni alegre,
con extraña serenidad sepultó a sus caballos
que ahora yacen aquí como en el seno
de una dulce costumbre.

Todo el libro es incisivo, revolvedor, traspasado de sinceridad humana y de ternura. Una ternura varonil, que no se dice con palabras, pero que se la siente como una presencia en cada verso, en cada poema. Aun en los poemas de sentido irónico, como el titulado “Comensales eternos”, verdadera pieza de antología. En “La paloma” el poema se abre con estos versos:

Contemplé el cuerpo de la paloma
que la muerte hizo descender
extrañamente, con un peso desconocido
hacia un trozo increíble de la tierra.
Liberado del cielo pedía sombra
el temblor abatido de su gris azulado.

Igual caladura a lo hondo vemos en “Cementerio de Buenos Aires”, en “El sapó”, y en general, en todos los poemas del libro. Giannuzzi crea su mundo, y es, ya, dueño de las palabras con que puede expresarlo.

Cinco años más joven que él, Edgar F. Podestá, nacido en 1929, lleva publicadas dos obras. Un breve opúsculo, *Donde muero*, edición de “El Balcón de Madera”, en 1929, y *Jardín ceñido de hierro*, pulcra edición impresa por Colombo, en 1961. Podestá fue codirector con Ernesto Schóo y Jorge Wilfredo Viera, de la bella y rigurosa revista literaria *Las Estaciones*, y lee, en su lengua original, a los poetas ingleses. Poeta argentino y universal a la vez, su poesía nace de un sustratum de tristeza y melancolía que apenas puede disimular en sus poemas. Todo él está, latente, en los viejos —y nuevos—, versos de “Paisaje inmóvil”, de su primer obra:

Sobre el temblor del río
y la muerte del árbol
vaga una paz lantísima
de vuelo abandonado.

Los oros de la tarde
contemplan su desmayo
en las fuentes dormidas;
el aire está sin pájaros.

Apagan su blancura
recoleta los nardos,
y nace o se despierta
la sombra sobre el campo.

En lecho de perfumes
el viento fatigado
se duerme, se abandona
como los viejos barcos
en muelles de silencio.

Como los viejos barcos.

Igual estremecimiento sacude las bellas páginas de *Jar-*

dín ceñido de hierro, como puede advertirse en la primera de las “Seis canciones antiguas”:

Contempla entre los muros
que adelgazan los vientos
flotar antiguos días
cuando apoya el invierno
la frente de las lluvias
en el aire desierto.

Alisa allí la ausente
sus crecidos cabellos
y olvidadas personas
reanudan en silencio
destinos melancólicos
alrededor del fuego

Entreabre las puertas;
con apagados gestos
hacia un jardín salvaje
te llaman desde lejos.

Hay también un hondo sentido de lo nuestro en sus nuevos poemas. De lo nuestro recóndito, callado, apenas sugerido, como si quisiera huir del “color local” y de lo vulgar. Tal en los poemas “Los días”, “Un camino”, “Regreso”, “Memorial” y en algunas de las canciones con que se cierra el volumen.

Podestá es un poeta ya maduro, que no desdeñaría ninguna rigurosa antología extranjera. Los temas eternos de la vida y de la muerte, del olvido y de la soledad, de la ausencia y de la noche, hallan un eco hondo y estremecido en este poeta que parece decir —sin palabras—, como en el célebre verso de Mallarmè: “La chairest triste, hélas! et j'ai lu tous les livres”.

Si la poesía que perdura es la que nace del dolorido corazón del hombre, de su sangre y de su ser, la de Edgar F. Podestá, comunicativa como la de los mejores líricos modernos de nuestra lengua —Machado o Banchs, por ejemplo—, ten-

drá, a no dudarlo, conforme se lo lea y se lo conozca mejor, una larga y merecida supervivencia en el futuro.

Reparamos en Antonio Requeni hace ya mucho, al leer, en la revista *El Hogar*, su carta lírica a Ana María Chouhy Aguirre, la inolvidable autora de *Los días perdidos*, a poco de la muerte de ésta. Luego lo hemos seguido con interés siempre creciente, en sus colaboraciones en diarios y revistas, y en sus libros. Cinco lleva publicados ya: *Luz de sueño* (1951), con prólogo de González Carbalho; *Camino de canciones* (1953), faja de honor de la Sociedad Argentina de Escritores; *El alba en las manos* (1954); *La soledad y el canto* (1956) y *Umbral del horizonte* (1960). “Cuando hace nueve años —escribió Armani a propósito de este autor—, Antonio Requeni publicó *Luz de sueño* su voz tenía todavía el color y la ternura de la adolescencia. Poesía que anunciaba con timidez la flor y el ave, el manso susurro de las hojas, se demoraba en la limpidez cristalina de los puros elementos con que nacía”. Ese tono espontáneo y natural de los primeros versos, ese aire de fina delicadeza y de melancolía, que flota como una brisa apenas perceptible a través de sus páginas, perdura en toda su obra. El poeta ha aprendido muchas cosas con los años, y su verso ha ido enriqueciéndose, cada vez más. Pero son los mismos sus sentimientos y sus reacciones ante el cuadro —siempre igual y siempre diferente—, de los seres y las cosas que lo rodean. En “Los pálidos días”, el poema inaugural de *La soledad y el canto*, escrito en ágiles liras, nos dice:

Mi juventud resiste
los embates del llanto, la asechanza,
la urgencia ardiente y triste
—que a la canción me lanza—
de vislumbrar lo que jamás se alcanza.

Del mismo libro escojemos este soneto:

Si aligerada el alma de amargura
crece y aflora la ansiedad del llanto,
me arrodillo en la luz y ya levanto
mi voz que tiene vocación de altura.

Pero en mi pecho suena, mientras tanto,
otra escondida voz que se apresura
a reprobarme esa febril locura
de cantar en las vísperas del llanto.

¿Qué hacer si el verso en la garganta quema
y es imposible contener el trino?
Vibre la flor ardiente del poema.

A su favor abdique el desconsuelo.
Y que siempre me ampare en mi camino
esta encendida dádiva del cielo.

Su último libro, *Umbral del horizonte*, es un ameno álbum de viaje, donde el poeta ha querido fijar sus recuerdos de un reciente periplo por Europa. Barcelona, Toledo, la Alambra de Granada, Moguer y el recuerdo del Platero de Juan Ramón. Mallorca, un zoco en Tetuán, Venecia, Florencia, Roma, Capri, París, Brujas, Holanda. Viejas ciudades, escenas y momentos del viaje, desfilan ante los ojos del lector, que sigue paso a paso al viajero, tocado de viva emoción ante una realidad presentida desde sus años de adolescente.

Oswaldo Rossler, nacido en 1927, estudió en la Facultad de Filosofía y Letras y ahora ejerce el periodismo. Ha publicado hasta la fecha tres libros: *Reservando mis lágrimas para lo cálido de mis cenizas* (1952); *El mar* (1958); y *El amor en la tierra* (1960), este último premiado con la faja de honor de la Sociedad Argentina de Escritores. Con ellos habrá que ubicarlo, con toda justicia, entre los mejores y más originales poetas de su generación. Es un poeta caudaloso, y al mismo tiempo, substantivo y preciso, y su originalidad no es, tampoco, el resultado de una búsqueda, sino la consecuencia de un modo personal de ver y sentir lo que lo rodea. Como los buenos poetas alemanes de fines del siglo pasado y principios del presente, a quienes se asemeja, su poesía está enriquecida de filosofía. Es un poeta que siente y que piensa, y que construye luego el poema poniendo en la tarea todo su ser,

trabajando el idioma y la forma hasta la extenuación. Tiene endecasílabos memorables, como los del excelente poema "El mar";

Mar contemplado con un ojo en tierra,
mar que venías de otro mar lejano,
mar extendido, mar azul, mar cándido;
¿nacías desde mí como una imagen
del espíritu? Mente alucinada,
¿serías tú la verdadera orilla?

El amor en la tierra, su último libro, es una biografía en profundidad del amor. "Es una bella obra —ha dicho de ella Vicente Aleixandre— porque posee en alto grado esa comunicatividad que es condición calificadora de toda poesía". Y añade: "Su tema me sugiere y siento todo el libro —vario dentro de su unidad—, como uno de los más penetrantes que he recibido de la nueva poesía".

Los versos iniciales del primer poema dan al tono de toda la obra:

El hombre busca en la mujer un vínculo
con la divinidad, un inefable
cuerpo que lo consuele, que lo nutra
de inagotables prácticas de afecto.
que lo trascienda en otras existencias
nacidas en su sangre.

Poeta de introspección y de meditación, muchos de sus poemas cuentan ya entre lo mejor de la poesía argentina de nuestros días.

Conocemos y estimamos a Alfredo Veiravé desde que leímos hace tiempo, en una edición de los domingos de *La Prensa*, su bello e inolvidable poema "La taza de té". Quedamos imantados por aquella forma nueva, desnuda, tan sin artificio y tan pura. Desde entonces lo leemos y lo seguimos, y nunca nos hemos sentido defraudados ante su obra, cada vez más depurada y más simple, cada vez más próxima a esa inalcanzable imagen que es la belleza definitiva. Veiravé nació en 1928, en Guale-

guay, Entre Ríos, y ha publicado tres libros de poemas: *El alba, el río y tu presencia* (1951), recomendado en un concurso de la Sociedad Argentina de Escritores; *Después del alba, El ángel* (1955), faja de honor de la S.A.D.E., y *El ángel y las redes* (1959). Ahora vive en Resistencia (Chaco), en cuya Universidad trabaja y en donde sigue los últimos cursos del profesorado. Veiravé, como Juan L. Ortiz y Carlos Mastronardi, es de Gualeguay, y lleva, como ellos, el alma de su tierra y de su río homónimo, en la sangre y en sus versos. Hay en su voz una ternura apenas balbuciente, que hace pensar en el bisbiseo del agua cuando se desliza, entre el verdor de los juncos de la orilla, dulce y mansa, siempre igual y siempre distinta, pensativa y confidencial, casi con alma. Veiravé es, a pesar de su juventud, un poeta de cabecera. Uno puede ir a él como quien va a un gran poeta de cualquier tiempo y lugar, en busca de un apoyo, de una amistad esencial y necesaria. De pocos poetas de hoy, en nuestro país, puede decirse lo mismo. Su tierra de Entre Ríos, su Gualeguay natal, su infancia y adolescencia, viven en sus poemas, no por lo que nos dice de dichos temas, sino por lo que sugiere, por lo que llega a nosotros, de ellos. Es el poeta de los hondos sentimientos, que él expresa sin literatura, simplemente, naturalmente, y el poeta del amor. Oigámoslo sólo en el comienzo de la "Pequeña canción de amor", del último de sus libros:

Tu cuerpo es la casa de mi alma
y el mío de la tuya, habitamos
aposentos materiales distintos, idénticos,
y las mismas raíces nutren ahora
tantas cosas desconocidas y simples.

En este poema, como en "Parque Lezama", "Biografía del ángel" "Oda a orillas del río Gualeguay", de su libro *Después del alba, el ángel*, y "La taza de té", de *El ángel y las redes*, como en la mayoría de sus poemas, escritos en verso libre, como conversado, hay ya, no una promesa, sino la certidumbre de un verdadero poeta. Un poeta que también sin bus-

carlo, ha logrado la ansiada originalidad tras la cual tantos dan pasos en falso, y fracasan. Porque, hombre y poeta a un mismo tiempo, ha dado de sí esa dulzura irrestañable y esa congoja balbuciente que, en el poeta auténtico, es la belleza misma hecha poesía.

Cinco poetas argentinos, en plena juventud y en plena oración. Cinco voces magníficas —a las que añadiremos otras igualmente estimables y valiosos en artículos futuros—, dignas de incluirse en lo mejor de nuestra poesía contemporánea, desde Lugones y Banchs hasta hoy. Lo que nos reconforta, porque cuando un país joven como el nuestro cuenta, aun en tiempos tan difíciles en todo sentido como éstos, con valores nuevos como los que acabamos de presentar, podemos decir, con fe en el futuro, que no todo está perdido, y que llegará, algún día, la purificación y el reencuentro del verdadero ser nacional, de tan pura y noble tradición siempre.

FERMIN ESTRELLA GUTIERREZ

Beauchef 229. Buenos Aires